

ANTOLOGÍA

EL OFICIO DEL ESCRITOR



Los escritores



Miguel Ortiz
María Paz Campos

Claudia Jiménez
Ricardo Norambuena

Beatriz Munizaga
Mariano Mancilla
Daniela Cerón

Antología
Taller
El Oficio del
Escritor

Edición: Nicolás Cruz
Diagramación: Marta Suárez

BiblioGAM
Santiago de Chile
marzo de 2018

CONTENIDO

Presentación Antología Taller “El Oficio del Escritor”	3
Error del sistema. <i>Miguel Ortiz</i>	7
Dolores de Julio. <i>Claudia Jiménez</i>	16
El Viejo Vieja. <i>Mariano Mancilla</i>	24
Farolillos del estrecho. <i>Beatriz Munizaga</i>	29
El vuelo. <i>María Paz Campos</i>	35
El punto Blu. <i>Daniela Cerón</i>	38
Tablero. <i>Ricardo Norambuena</i>	44

PRESENTACIÓN ANTOLOGÍA TALLER “EL OFICIO DEL ESCRITOR”

Si escribir es asumir riesgos, escribir y leer en un taller literario es asumir riesgos por partida doble. Esto debido a que a través del trabajo de escritura y revisión de los textos no sólo nos abrimos ante nosotros mismos, sino también ante los otros. En este proceso de apertura de nuestro mundo literario al resto de los talleristas, las opiniones que recibimos muchas veces ponen un necesario espejo frente a nuestro trabajo, cuyo reflejo, paradójicamente, no siempre nos gusta. Si los talleristas son capaces de recibir los comentarios y consejos sobre sus escritos, de ponerlos en valor y sentarse nuevamente a trabajar sus textos, habrán comprendido una de las máximas de la escritura: escribir es un trabajo arduo y no sólo un pasatiempo romántico.

La idea de la escritura como un oficio es la que trabajamos junto a los talleristas que fueron parte del taller El oficio del Escritor, realizado durante los meses de octubre y noviembre del año 2017 en GAM. Este planteamiento fue recibido con entusiasmo por los alumnos, quienes pudieron comprobar a

través de las sesiones que en el oficio de la escritura el trabajo es el que va haciendo al escritor. Que es la práctica la que le va mostrando quién es en el papel, cuáles son las posibilidades de su mundo narrativo y las historias que le interesa contar.

Si hay algo que unifica a los siete autores cuyos cuentos dan vida a esta antología es que trabajaron sus textos con rigurosidad, entendiendo el cuento como un mecanismo que debe ser sometido a revisiones, ajustes y reescrituras hasta alcanzar su máxima potencialidad. Todas las obras que componen este libro cuentan además con la característica de ser cuentos valientes, ya que asumen los riesgos del estilo particular de cada autor y dan cuenta de la búsqueda creativa que realizaron durante el taller. Un último elemento común que presentan estos siete relatos, es que a pesar de ser de naturaleza muy distinta, en ellos los autores trabajan con la idea de que el cuento es un arte que entra en el momento de crisis de una historia, donde la realidad de los personajes se quiebra, donde se pierden las certezas y el relato se abre a lo desconocido. Para este grupo de escritores la anécdota parece ser el resorte imprescindible del cuento, y como toda buena anécdota, estos relatos tienen quiebres, cambios de ritmo, sorpresa y profundidad. Además de una prometedora máxima: ninguno de los personajes que es parte de este libro terminará siendo el mismo que era al inicio de su respectiva historia. Estas características vuelven a esta antología un libro rico por su calidad y diversidad literaria.

Miguel Ortiz abre el volumen con “Error del sistema”, un cuento realista cargado de humor e irreverencia, construido solamente a partir de diálogos. En él escuchamos la llamada que sostiene la telefonista de una empresa de telecomu-

nicaciones con un ex novio al que el azar vuelve a poner frente a ella, o más bien, al otro lado de la línea.

Lo sigue Claudia Jiménez con “Dolores de Julio”, una historia tragicómica en la que somos invitados a ser parte de un día en la vida de Dolores, una supersticiosa mujer que ve tambalear sus certezas e ilusiones cuando las señales de la mala fortuna se apoderan de la que debía ser la jornada más feliz de su vida.

Un hombre cree ver el reflejo del Divino Anticristo, muerto hace poco tiempo atrás, en la vitrina de una tienda del barrio SoHo de Nueva York. Con este punto de arranque Mariano Mancilla nos adentra en la historia del “Viejo Vieja”, un personaje icónico de la vida urbana del barrio Lastarria durante las últimas décadas.

En “Farolillos del estrecho”, Beatriz Munizaga nos lleva a una isla de vida rutinaria, de clima y costumbres hostiles, donde el nacimiento prematuro de un ser débil y con ciertos rasgos monstruosos, rompe la monotonía del pueblo. Las duras descripciones, sumadas el estilo escritural seco y sin florituras de la autora, logran dar cuenta de la feroz naturaleza de sus personajes.

María Paz Campos nos invita a recorrer la magia de los pensamientos, a través de un estilo simple y armonioso, que nos conecta con la belleza de la literatura infantil. En su cuento “El Vuelo”, los pensamientos de un niño cobran vida y deciden abandonarlo de golpe, yéndose a vivir mil aventuras ahora que al fin son libres.

En “Punto blu”, Daniela Cerón construye un mundo futurista atterradoramente parecido a nuestro propio mundo. En este futuro aparentemente tranquilo, en que todos son vigilados de una u otra forma, el rol del vigilante y el vigilado

están más cerca de lo que parecen estar a primera vista. Un mundo donde cualquier acto de humanidad debe ser ferozmente castigado.

Ricardo Norambuena cierra la antología con el contundente cuento “Tablero”, en que asistimos a un partido de ajedrez en Rusia, donde el campeón mundial ruso y un joven chileno se enfrentan en el tablero no tan sólo por la fama y el reconocimiento, sino también contra ellos mismos y las vidas que los han conducido hasta ese instante crucial.

Nicolás Cruz
Profesor Taller El Oficio del Escritor
Diciembre 2017

ERROR DEL SISTEMA
Miguel Ortiz, Santiago, 1982

—¿Aló?

—Buenas tardes, mi nombre es Valeria Poblete, ejecutiva de ventas...

—No vuelva a llamarme.

— ¿Aló?

—Buenas tardes, mi nombre es Valeria...

—...

—¿Hola?

—Buenas tardes, mi nombre es Valeria Poblete, ejecutiva de ventas de PowerPhone, la compañía...

—No puedo atender ahora, gracias.

—¿Aló?

—Buenas tardes, mi nombre es Valeria Poblete, ejecutiva de ventas de PowerPhone, la compañía líder en cobertura y servicios telefónicos, wifi...

—Estoy ocupada. Hasta luego.

—Buenas tardes, dígame.

—Buenas tardes...

—Buenas tardes.

—Mi nombre es Valeria Poblete, soy ejecutiva de ventas de PowerPhone...

—...

—¿Aló?

—Buenas tardes, sí, disculpe... mi nombre... ¿buenas tardes? Mi nombre es Valeria Poblete, ejecutiva de ventas de PowerPhone, la compañía líder en cobertura y servicios telefónicos, wifi, fibra óptica y streaming. ¿Es usted el titular de la cuenta?

—¿Aló? Disculpe, ¿cómo dijo? Hay una interferencia... ¿me puede repetir lo que me dijo?

—Mi nombre es Valeria Poblete, ejecutiva de ventas de PowerPhone, la compañía líder en cobertura y servicios telefónicos, wifi, fibra óptica y streaming. ¿Hablo con don Antonio Silva?, ¿es usted el titular de la cuenta?

—Sí.

—Buenas tardes, don Antonio, lo llamo con la intención de ofrecerle un plan de mejoramiento del servicio de telefonía celular que usted posee actualmente. Su plan puede ser renovado, y así contaría con más gigas de navegación y una mejor cobertura 4G en las zonas donde el roaming de otras compañías suele fallar.

—¿Cómo me dijo que era su nombre?

—Valeria.

—¿Valeria? Tienes la voz igual a alguien que yo conozco...

—¿Perdón?

—Que tiene usted la voz igualita a una persona que yo conozco.

—Lo llamo para ofrecerle un plan de mejora para...

—¿Pupi, no eres tú?

—Lo lamento caballero, creo que está confundido.

—Soy Antonio, el Toño, ¿no te acordai?

—Caballero, le insisto, creo que está confundiéndome.

—Tamara, lo siento, tienes la voz igual a cuando saliste de 4to medio. ¿Ahora te llamas Valentina?

—Valeria. Mi nombre es Valeria.

—Perdón que te insista, pero estoy seguro de que eres Tamara Azócar, la Pupi. ¿Tú no fuiste la reina de belleza del 99 en el Liceo Politécnico A11 de Rancagua? Yo soy Antonio, el Toño, el cabezón cucarro, ¿en serio no te acordai?

—Don Antonio, lamento la confusión, pero le insisto en que creo que está en un error. Y esta conversación podría estar siendo grabada.

—Tamara, es que esto es una coincidencia enorme, de esas que pasan una vez en la vida. ¿Sabes? Todavía tengo la foto de nuestra generación enmarcada en la cabecera de mi cama... siempre estuvo ahí, mi vieja nunca la sacó. Yo me separé y volví a vivir con ella, a mi pieza de entonces. El sábado, sin ir más lejos, estuvimos revisando algunas revistas y carpetas de esa época, ordenando la logia... y mi mamá preguntó por el Cuco, la Nata Olivares, el Enagua... y también preguntó por ti.

—Don Antonio, le insisto...

—“¿Qué fue de esa chiquilla de piel clarita?”, me dijo. “Esa que tenía enamorado a todos los profesores”.

—Actualmente usted está pagando \$39.990 por un plan que sólo le permite navegar la mitad de los gigas que

podríamos poner a su disposición, además de acceder al nuevo iPhone X con costo cero, para recién comenzar a pagarlo en enero del año entrante.

—Tamara, por favor, escucha. Es importante. Llevo mucho tiempo tratando de ubicarte.

—¿Le interesa que un técnico de PowerPhone lo visite y así puedan definir juntos un mejor plan para usted?

—¿Y si mejor solicito una reunión contigo? Necesito que terminemos esa conversación.

—Tome nota, don Antonio.

—¿Por qué me tratas de usted, con tanta distancia?, ¿me guardas rencor?

—Si la oferta que le estoy haciendo no le satisface, no hay problema en que como compañía le mantengamos el plan vigente.

—No quiero arreglar el plan, no necesito más gigas ni minutos. Sólo quiero 5 minutos contigo.

—El plan que usted solicita desafortunadamente no está dentro de las posibilidades que ofrece nuestra compañía. Muchas gracias por su atención. Que tenga una excelente tarde y gracias por seguir confiando en PowerPhone.

—¡Pupi! ¡Pupi!... no me cortes.

—¿Lo puedo ayudar en otra cosa?

—Sabes perfectamente cómo me puedes ayudar. Por favor, Tamara. Te lo ruego.

—Mi nombre es Valeria. ¿Me puede confirmar su domicilio, don Antonio?

—Pasaje Gabriela Mistral 565, casa R, Ñuñoa. Has estado cientos de veces ahí, Pupi. Por favor, no me hagas esto.

—Lo que tengas que decir, dilo ahora mismo.

—¿No dijiste que esta llamada podría estar siendo grabada?

—Sí.

—¿Y de verdad quieres que quede grabado lo que tengo que decirte?... ¿o lo que me respondas?

—Lo que no quiero es verte, Toño. Me hice un juramento.

—¿Entonces por qué me llamaste?

—¡Yo no hice el llamado! Esto lo maneja un robot, un sistema central... tu nombre me aparece en una pantalla.

—Lo que tengo que decirte no puede ser dicho por teléfono.

—Entonces nunca sabré de qué se trata. Don Antonio, ¿puedo ayudarlo en alguna otra cosa?

—¿Valeria?

—Sí, dígame.

—Vuelves a estar distante.

—Déjeme recomendarle el plan Triple Banda Ancha Familiar, con wifi portátil y 3 meses de Netflix de regalo.

—Tamara, lo que pasó esa vez no fue tu culpa. Lo que quiero es que dejes de sufrir por algo que ya está superado.

—Don Antonio, le recuerdo que esta llamada podría estar siendo grabada.

—Entonces respóndeme: ¿todavía me guardas algo de rencor?

—Lamentablemente tendré que cortar la comunicación don Antonio, que tenga una buena tarde...

—¿Cuánto vale el plan Triple Familiar?

—¿Se refiere al plan Triple Banda Ancha Familiar?

—Ese, ¿cuánto vale?

—Sólo por el mes de octubre estamos con una promoción de \$39.740 mensuales.

—¿Y no existen otros planes?... ¿alguno que incluya, por ejemplo, la posibilidad de verte? Tamara, tu voz me tiene hipnotizado.

—También tenemos el plan Verano Full Redes Sociales, con mejor cobertura en los principales balnearios, desde Coquimbo hasta las playas del litoral central. Ese tiene un valor de \$26.790, incluye instalación y Netflix gratis el primer mes.

—Al menos ya sé dónde trabajas.

—Si me vienes a buscar a la pega te saco la cresta, conchatumadre. Te borro la cara de un manotazo.

—Por favor, Pupí, cálmate.

—¡Y no volvai a llamarme!

—¡Fuiste tú la que me llamó, Tamara! Tú fuiste solita la que rompió su compromiso de no volver a contactarme nunca más en la vida. Si fue queriendo o sin querer, me da igual. Así que no seas injusta. No me grites. No me amenes... recuerda que “esta conversación podría estar siendo grabada”.

—Sí sé, aweonao, pero nadie escucha las grabaciones, apenas nos pagan el sueldo en este call—center de mierda, ¿y vos creís que tienen contratada gente pa fiscalizar los llamados de idiotas como voh que para lo único que sirven es para cagarle la vida a las personas? No me volvai a llamar, Antonio. Y que no se te ocurra venir a buscarme.

—Disculpe, ¿cuál me dijo que era su nombre?, ¿Valeria Poblete? Le pido un favor... comuníqueme con algún supervisor.

—¿Cómo dice?

—Que no me parece nada de apropiada la manera en que usted, como ejecutiva de PowerPhone, me acaba de tratar.

Por eso le quiero pedir que me deje hablar con su jefe, con la persona que está a cargo de ese “call—center de mierda”, como usted lo acaba de llamar.

—Le pido disculpas, don Antonio. Fue un comentario fuera de lugar. No volverá a suceder.

—Eso no me interesa, señorita. Comuníqueme con su superior.

—En estos momentos no es posible acceder a su requerimiento, don Antonio.

—¿Puedo esperar en línea?

—Lamentablemente esa opción no está disponible.

—Obligados a conversar, entonces, mientras esperamos que aparezca su supervisor.

—Esta es una hora de gran tráfico telefónico, don Antonio. Otros clientes esperan un llamado.

—Le aseguro que nadie en este país quiere recibir un llamado suyo, mucho menos a esta hora, mucho menos para ofrecerle una mejor cobertura de los gigas.

—Los gigas no tienen nada que ver con la cobertura, don Antonio.

—¡Deja de decirme don Antonio, por la cresta!

—Le pido entonces que no insista con la idea de hablar con un supervisor, porque eso no va a suceder. Tengo que cuidar mi trabajo. Yo no tengo un papito que me paga todo.

—No seas resentida, Tamara. No te sale. Acéptame la invitación a un café y punto. No seas cabra chica, ya tenís ¿cuánto?, ¿32?

—33.

—¿Y de verdad crees que vale la pena seguir peleados?

—Si no nos vemos no tenemos oportunidad de discutir.

—Ni de reírnos, como antes, como en la fiesta de graduación, o como en el matrimonio de la Pancha Ortúzar y el Tomate.

—¡No me hables de ese asqueroso!

—Tamara, por favor, si quieres que me arrastre para pedírtelo, lo hago. Te juro que te he estado buscando, pero desapareciste, nadie sabía cómo ubicarte. El año pasado fui a preguntarle a la Mirta. ¿Sabías que está enferma?

—¿Qué le pasó?

—Está con una infección rara que le produce dolores en las articulaciones, los doctores la tienen tapada con calmantes, pero el plan de la isapre no le cubre los remedios porque dicen que no existe un código para ingresar la patología al sistema. Deberías ir a verla. Si quieres vamos juntos.

—No, Antonio. No. Mézetelo en la cabeza. Eso nunca va a pasar. Tu nunca más me podrás mirar a los ojos. Porque la última vez que lo hiciste me dejaste el corazón amargo, yo también tengo un dolor tremendo, horrible, que me desgarrar cada vez que me acuerdo de ti, de tu familia, de esa “conversación pendiente” como le dices, que para mi bien terminada está. Así que olvídale.

—Tenemos que hacer algo para superar esto, Tamara.

—Supéralo tú, si puedes, si eres tan choro, tan hombre, tan gallo. Porque yo no puedo. Porque por eso ahora soy una telefonista que pasa las 24 horas del día encerrada, juntando plata para pagarme un departamento de 35 metros cuadrados que me compré muy lejos de ti. ¿Quién te dice que estoy en Chile?

—¿Te cambiaste de nombre en serio?

—Quizás te estoy llamando desde una plataforma telefónica en Ciudad de México o São Paulo. Lo que me hiciste, Toñito, no tiene nombre. Así que este llamado fue un error del sistema, nunca debí darte las buenas tardes, porque ni eso te mereces. Y ojalá que esta conversación quede bien grabada, sobre todo en tu cabeza. Déjame tranquila. Desaparece. Púdrete.

—Ahora sí le exijo que me comunique con un supervisor. Inmediatamente.

—Le reitero que, desafortunadamente, esa opción no está disponible. Lo lamento. Y ahora le tengo que cortar. No insista. Que tenga una buena tarde.

DOLORES DE JULIO
Claudia Jiménez. Santiago, 1973

Después de que el segundo gato negro se cruzó en su camino, pensó que lo mejor habría sido no salir de la cama ese día. Era aún temprano, no pasaban de las 8 de la mañana y, mientras estática consideraba sus opciones, el gato se lamía una de sus patas. Miró hacia atrás, aún se podía ver a lo lejos su calle, y aunque dudó si regresar o no a su departamento, decidió no hacerlo. Ese día 8 de julio era un día muy esperado por ella y no quería que nada lo echara a perder. Acarició el llavero de pata de conejo que tenía en su bolsillo, respiró profundo y lentamente continuó su andar. A los pocos minutos logró alcanzar la premura que traía antes.

Ya en la madrugada había tenido que volver a acostarse durante 30 minutos, a pesar de estar atrasada, porque el despertador le había fallado producto de un corte de luz. Se había despertado de un salto y había sido su pie izquierdo y no el derecho el que había apoyado en el piso. Cuando hizo conciencia, ya era demasiado tarde. Mientras tapada hasta la nariz miraba pasar los minutos en el reloj de su muñeca,

pensaba en lo enojado que se pondría su jefe, que ya le había llamado la atención el día anterior por un altercado que había tenido con un cliente.

—Tienes que meterte esto en la cabeza, niña ¡Por lo que más quieras! El cliente siempre tiene y tendrá la razón—le dijo enérgico su jefe intentando controlar la ira.

—Disculpe, don Osvaldo. Si yo lo entiendo a usted, pero lo único que le pedí al señor fue que por favor dejara el salero en la mesa y yo lo recogía, él como que se indignó porque creyó que yo le estaba dando una orden, pero yo lo hacía para no pelear con él.

—Y bien mal que resultó eso ¿No crees?

—No sé nada yo... creo que no fue tan terrible... quizás como...

—¡Ya! Basta de excusas, que agravan la falta —la interrumpió—. El mismo hombre además se quejó de que le habías gritado al llegar ¿Cómo es eso posible? ¿En qué mundo gritarle a un cliente, por lo demás nuevo, tiene sentido? ¡Sólo en tu mundo!

—Eso sí que fue por protegerlo a usted. Es bien sabido que dejar el paraguas en el suelo es indicio de que habrá un asesinato en el lugar. Por eso fue que le grité: “¡En el suelo no!”. Imagínese usted que alguien cae muerto en su recinto, asesinado para peor, sería pésimo para el negocio, creo yo.

—Creo imaginarme quién podría ser el asesinado y quién el asesino.

—Ay, no diga eso ni de broma—dijo Dolores persignándose.

Llegar tarde era una pésima idea, pero no veía cómo salir de ésta, los 30 minutos se hicieron eternos, pero se demoró la mitad en bañarse y vestirse, así que tan sólo le quedaba

ganar 10 minutos con la caminata, que después del par de gatos negros con que se cruzó solo logró disminuir en 3 minutos. Llegó al Berenice sólo 7 minutos tarde, lo suficiente para que don Osvaldo, que ya barría la entrada, la mirara con desdén.

—Mil perdones, don Osvaldo. Es la primera vez que llego tarde y le aseguro que no volverá a ocurrir de nuevo en la vida. Déjeme, que yo termino de barrer—le pidió, al tiempo que se sacaba el gorro, su abrigo y se acercaba a don Osvaldo para tomar la escoba.

—No, Dolores, deja que yo termino.

Entre forcejeo y forcejeo don Osvaldo le barrió las botas. Dolores quedó helada, mirando fijo sus pies inmóviles.

—¿Qué te pasa ahora, Dolores? ¿Estás bien? ¡Responde, niña! ¿Te comió la lengua el gato?

—Es que... ¡Barrió mis pies! Eso significa... eso significa que entendí todo mal... ¡No me casaré nunca!—. Dolores miró a don Osvaldo con desconcierto y pánico.

—Son sólo tonterías, niña. Con lo bonita y lo obediente que es usted, si quiere casarse lo hará en un dos por tres. Yo le puedo presentar mañana mismo a un sobrino que tengo si quiere y le aseguro que se estará casando con él en un par de meses —don Osvaldo le guiñó el ojo y la echó con un gesto de manos—. ¡Ya! Menos sacar la vuelta y más trabajo, si no quieres que te descuente el día.

Pero Dolores no quería casarse con “alguien”, tenía más que claro quién era el hombre con el que quería cruzar las puertas de la iglesia. Al menos creía saberlo. Pensaba en las ironías de la vida, cómo el día anterior se había sentido la mujer más feliz y afortunada de la tierra y hoy se sentía peor que un estropajo viejo y olvidado. Se había dormido pensando

que hoy sería el día más importante de su vida. “¡Y terminará siendo el día más triste que recordaré!”, se dijo. Pudo ver el rastro de los dos gatos negros en su retina y sintió su pie izquierdo tocando la alfombra a los pies de su cama. Era seguro, hoy era el día que había temido tantas veces, el día en que su novio la dejaría.

Sacó la pata de conejo desde su bolsillo y la llevó a su boca, mientras cerrando los ojos repetía: “Santísima trinidad protégame, todos los santos protéjanme, antepasados de mis antepasados protéjanme, por lo que más quieran oigan todos y cada uno mis plegarias y no dejen que Julio me deje. ¡No dejen que me deje!”.

—Ya chiquilla, deje de rumiar mejor y rellene los saleros.

—¿Puedo... hacerlo otro día?

—¿Qué? ¿Hacerlo otro día? ¿No prefieres mejor que lo haga yo?

—Por favor, se lo agradecería —Dolores le sonrió.

—¡Qué cosas! ¡Qué no, niña! ¡Vamos! ¡Reacciona de una vez! Mira, no sé qué bicho te picó hoy, pero estás más rara de lo rara que siempre andas. Te pago para trabajar y no para andar de rezos de aquí para allá.

Dolores con cuidado tomó la sal, y de nerviosa pasó lo que temía, dejó caer un poco al mesón. Sabía que derramaría 100 lágrimas por cada grano de sal caído, rápidamente la tiró sobre su hombro izquierdo para ahuyentar a Satanás, que sentía sobre su espalda desde temprano.

—No me siento muy bien, don Osvaldo. ¿Podría tomarme lo que queda del día?

—¡Pero si acabas de llegar!

—Es que literalmente hoy me levanté con el pie izquierdo.

—Bueno, yo te tengo la solución, mi abuela me enseñó de pequeño a sacar toda la mala suerte, los malos espíritus, incluso sirve para los males de ojos.

—No me diga, ¿cómo?—Dolores se acercó interesada.

—¡Trabajando!—le pasó un paño y lanzó una carcajada.

La mente de Dolores divagaba mientras pasaba el paño por el mesón. No entendía bien... si ayer se habían cumplido los siete días y siete noches que contrarrestaban el daño a su espíritu por haber quebrado el espejo de su tocador, ¿por qué le estaba ocurriendo justo hoy tanta desgracia?

La emoción que había sentido el día anterior al leer el mensaje de Julio, se desvanecía rápidamente y, junto con ella, se esfumaban también las imágenes de lo que pensaba que ocurriría cuando el reloj marcara las 6 de la tarde. Vio a Julio con flores amarillas, arrodillado frente a ella, nervioso, sacando del bolsillo de su pantalón la pequeña cajita roja de terciopelo. Vio a Julio haciendo una señal secreta para que los músicos aparecieran de la nada y tocaran su canción, y él, que no bailaba nunca, le estiraba la mano invitándola. Ella se negaba al principio, pero después se dejaba llevar, y ambos bailaban un par de compases hasta que él la inclinaba suavemente hacia atrás. Entonces hábilmente la sujetaba con una mano mientras con la otra le enseñaba el anillo. Vio a Julio dibujando con un palo en la arena de esa plaza, la misma plaza en que se habían conocido, un corazón y una frase: “¿Te casarías conmigo, ciruelita?”. A Julio ofreciéndole la mano para que la acompañara a un árbol cercano donde antes había tallado sus dos nombres, un corazón y un “para siempre”, mientras hacía que de una flor apareciera el anillo. Y todos los consecuentes: “¡Sí!, ¡Sí!, ¡Claro que sí!”, “¡Por supuesto que sí!”, de ella, que saltaba como niña y abrazaba

con sus piernas la cintura de Julio, dándole un beso como de película, seguido de muchos más en todo su rostro. Las bellas ensoñaciones fueron reemplazadas de golpe por el desfile de imágenes de Julio rompiendo con ella. Cada escenario era más trágico que el anterior. “Con lo distraído que es, ni siquiera se percató de que me citó en el mismo lugar donde nos conocimos” pensó y la tristeza la enmudeció durante el resto de la jornada.

—Son doscientos mil. ¿Va a pagar con efectivo o tarjeta?

—dijo Dolores.

— ¿Doscientos mil?

—Perdón, dos mil doscientos.

—Te pago con efectivo mejor —la clienta comenzó a sacar las cosas de su cartera, cuando sacó un espejo chiquito, Dolores dio un salto y pegó un grito.

— ¡Eso! —Dolores abrió los ojos como platos y dejó asomar una especie de sonrisa.

— Eh, ¿gracias? —respondió dudosa la clienta.

“Tiene que haber quedado un pedazo de espejo, es lo único que tiene sentido”, pensó. Recorrió con su mente el lugar donde se le había caído el espejo, y aunque estaba segura de haber juntado todos los pedazos, le picaban las manos por ir a mirar. Si tan solo un pedazo había quedado en algún lugar escondido y no había sido sumergido con todo el resto en el cubo de agua, ese que quedaba habría abierto de seguro un agujero chiquito, pero agujero al fin en su alma, que quedaría así dañada por 7 años. Se llevó ambas manos a su pecho y sintió un dolor intenso, una especie de opresión. “Quizás es aún peor” pensó, “quizás sí me va a pedir matrimonio y de la emoción voy a caerme muerta, ahí mismo en la plaza donde nos conocimos, y es por eso que nunca me

voy a casar”. Imaginó a Julio llorando y su cuerpo sin vida en el ataúd abierto, mientras todos los que se acercaban comentaban: “Tan re joven que era. Tan jovencita y venir a morir así”.

Terminó su turno y no sabía si arreglarse o no. Cada minuto que pasaba lo sentía infinito. Mirando su rostro en el espejo del pequeño baño, respiró profundo y comenzó a retocar con rubor sus mejillas. “Ciruelita controla el nervio” se dijo, como le decía su Julio. El reloj marcó 20 para las 6 de la tarde y ya no había vuelta atrás, tenía que decidirse. Respiró profundo y partió. Apurada al salir del Berenice pasó debajo de una escalera, pero estaba tan distraída con sus propios pensamientos que ni cayó en la cuenta. Cuando a lo lejos vio a Julio agachado con las manos en su frente, supo lo que ocurriría y dio media vuelta.

De regreso en su departamento comenzó la búsqueda. Sacó los muebles y con mucho cuidado palpó cada rincón. De pronto creyó ver un brillo en la esquina contraria al lugar donde había caído el espejo, emocionada fue a buscar cinta adhesiva. Envolvió sus dedos dejando el pegamento hacia fuera y comenzó a tocar centímetro por centímetro, hasta que al fin sintió como algo duro se enganchaba. Lo puso a contra luz y vio que brillaba. “¡Sí! ¡Gracias al cielo! ¡Gracias y mil gracias!” dijo en voz alta. Había dado con el bendito pedazo, no más grande que un cristal de sal. Metió el pedazo con la cinta al balde de agua, donde estaba el resto de los pedazos del espejo y sonrió aliviada. “En 7 días más todo debería estar solucionado”, pensó.

No pasaron ni 7 minutos cuando la sobresaltó el sonido del timbre. Mientras se acercaba su corazón se aceleró, presentía que era él. Se acercó a mirar por el ojo de vidrio y lo vio,

arreglándose el pelo, nervioso. Sonrió tranquila, tocándose el corazón que ya sentía completo, y feliz de haber regresado a solucionar todo, abrió la puerta.

EL VIEJO VIEJA
Mariano Mancilla, Santiago, 1981

Recorriendo el SoHo de Nueva York me acordé de él. Tal vez por tanta boutique pretenciosa con cachureos vintage a medio restaurar, o las tiendas de línea editorial antojadiza, de esas con cuernos de búfalo, loza de abuela y muñecas diabólicas conviviendo en el mismo lugar. Unas tapas de wáter y un par de ensayos escritos y encuadernados a mano al otro lado de la vitrina, terminaban de dar el toque de esnobismo y exclusividad que los locatarios del sector pagaban a cualquier precio.

Ese día justamente pasando por una de esas vitrinas me pareció ver un reflejo en el vidrio que me dejó con una sensación extraña. Fue como una especie de flashback de algo ya conocido, pero que no supe identificar en aquel momento. Sin darle tanta importancia al asunto seguí avanzando, cuando de pronto el reflejo se cruzó nuevamente en mi camino. Esta vez estaba seguro de lo que había visto. Me di vuelta esperando encontrar lo imposible. ¡Era

inexplicable, pero ahí estaba! Nunca pensé encontrarme en medio de una calle del SoHo y a plena luz del día con el Viejo Vieja.

Cuando me contaron de su muerte me invadió una nostalgia no sé de qué. En mis tiempos de estudiante siempre lo veía en las idas y venidas por mi barrio universitario, un sector aledaño a la calle Lastarria, que durante la primera década de los dos mil se volvió el estandarte del progresismo, la globalización y la cultura alternativa de Santiago. El Viejo Vieja era un personaje que ya en esos años era bastante popular. Nunca logré entablar una conversación con él, y no sé si quise realmente hablar con él alguna vez. La verdad es que siempre he tenido una ambivalencia entre miedo y curiosidad frente a los disparates y descompensaciones de los esquizofrénicos. Muy distinto es el caso de una amiga, que una vez lo invitó a tomar té a su casa y se tuvo que bancar que la empapelara a chuchada limpia en un arranque de locura, diciéndole que los comunistas no podían ser iguales al Diosísimo.

Lo de su esquizofrenia lo decía todo el mundo. Algunos cuentan que fue diagnosticado con esquizofrenia paranoide crónica. A mí no me consta, pero dada su excéntrica forma de vestir, mitad hombre, mitad mujer, y su comportamiento alocado, totalmente fuera de contexto, gritoneando en plena calle a quien se le antojara, daba la sensación de que el viejo había salido de otra dimensión. Una vez leí en internet que los esquizofrénicos no estaban locos, sino que por el contrario tenían una visión global de todas las realidades que se estaban desarrollando de forma paralela en un mismo momento, en diferentes dimensiones del universo.

Tal vez la teoría sea cierta y el Viejo Vieja en realidad haya sufrido de un *surmenage* terrible, al mezclar tanto acontecimiento universal con la supuestamente triste y cruda realidad que lo llevó a deambular por las calles. Una realidad que probablemente nadie llegó a conocer, porque nunca se pudo confirmar ninguno de los mitos en torno a su figura. Escuché una historia que hablaba de un arquitecto con un pasado ilustrado, con estudios en uno de los colegios emblemáticos de Santiago. Claro, como el pobre viejo siempre andaba por los alrededores de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Chile, llegar a una conclusión así era predecible. Hay quienes dicen que era un médico, otros, que era abogado. Algunos cuentan que vieron con sus propios ojos sus cartas de presentación, en donde el viejo afirmaba ser un filósofo alemán e incluso la reencarnación de una monja. Otros cuentan una historia en la que se menciona a una familia carbonizada por las llamas, y a un padre que ante tal pérdida se abandonó a su propia suerte, adoptando la calle como su hogar.

Así como había mitos también había apodos para referirse a su figura. El más conocido era Divino Anticristo. Él mismo se hacía llamar así en sus escritos fotocopiados, en los que daba cuenta de una jerarquía divina y superior, en donde el viejo tenía el rol de príncipe y enviado especial a esta dimensión terrenal, con la misión de traernos mensajes desde el más allá. Otro de los apodos populares era el Viejo Vieja, debido a su clásico y percutido pañuelo en la cabeza y su infaltable falda a la rodilla, que de tan usada y sucia no se podía descifrar si era de los setentas, ochentas o noventas.

Sin embargo, verlo constantemente con su carro de supermercado paseándose por todo el barrio y con el que

comúnmente cruzaba a mitad de la calle, hizo que Viejo Viaja fuera mi propio apodo para él. Para mi tenía mucho más sentido, ya que escuchar su andar desde lejos con el rechinar de fierros sueltos de su valija *plus size* llena de cachivaches, de cosas que entre sí no tenían mucho que ver, siempre me hizo pensar en la idea de un eterno viajar de aquí para allá, más que simplemente fijarme si se trataba de un viejo o una vieja. Podría haber sido cualquiera de ellos, pero siempre viajando.

Habían pasado ya muchos años desde la última vez que vi al Viejo Vieja. Sin embargo pasear por el SoHo me trajo el recuerdo fresco de su imagen, como si lo hubiera visto el día anterior. Por eso cuando me encontré frente a su reflejo en la vitrina pensé que se trataba de la materialización de mis pensamientos. Se me apareció una, dos, tres veces. Luego de cruzarme con su reflejo por cuarta vez no podía evitar ir a su encuentro. Traté de abrirme paso entre el ganado humano lo más rápido que pude para llegar hasta el pañuelo en la cabeza, que fugazmente se dejaba ver entre la multitud. De pronto un carro de supermercado se abalanzó hacia la calle, ¡Era él! No me cupo ninguna duda. Aceleré el paso y cada tranco que daba era más largo que el anterior. Choqué a una anciana, crucé la calle en rojo, un taxista casi me atropella, un típico gringo hípster en bicicleta me gritó con unos modismos intraducibles porque me atravesé en su camino. Por si fuera poco, choqué con el clásico carrito de *Nuts 4 Nuts*, el mismo del barrio del viejo. Hice todo lo que pude para alcanzarlo, pero el caso es que lo perdí.

¿Habrá sido real que el viejo era una divinidad y por eso continúa transitando por diferentes dimensiones llevando sus mensajes? ¿Será acaso que el viejo era el único con sentido

de realidad en una sociedad cegada por superficialidades? Seguramente pensarán que también me volví esquizofrénico o que mi relato se trata de otro mito o una historia más. Sin embargo estoy seguro que a quien vi ese día fue al Viejo Vieja, la divinidad omnipresente que en este lado de la realidad se transformó en leyenda, ahora que ya no se escucha más el rechinar de su carro de supermercado por las calles de Lastarria.

FAROLILLOS DEL ESTRECHO
Beatriz Munizaga, Concepción, 1957

Nací en el sur de Sudamérica, en una isla cercana al estrecho de Magallanes donde el viento no solo silba, sino que grita. Donde en cualquier época del año hace frío. En invierno se congelan el cuerpo, las manos y salen sabañones en los pies, orejas, manos y genitales. Parecemos faroles inflamados. A tanto llega el rojo de nuestra piel que en el continente nos llaman “farolillos del estrecho”.

En aquel lugar mis padres vivían en una hermosa ruca, construida con barro y especies vegetales que se daban en la isla. Su puerta y ventanas se orientaban al sol como decía la tradición, a ese sol mezquino que apenas aparecía por la isla.

En esa lejana isla tuve el privilegio de poder observar mi nacimiento. Mi madre Asunción me parió con ayuda de los carabineros del retén, los que habían sido asignados originariamente a custodiar la entrada de barcos y submarinos de guerra en los mares cercanos. En siglos nadie había divisado navíos de guerra, por lo que su labor en la práctica consistía en vigilar a la escueta población de la isla y

preocuparse de los acontecimientos que se producían: tomar detenidos a los borrachos, asistir a las parturientas y convivir con los habitantes, participando en sus fiestas y funerales.

Mis papás estimaban que mi nacimiento se produciría en enero, por tanto mi madre se dirigiría al continente en diciembre a esperar mi llegada con sus padres. Tomaría la lancha que pasa una vez a la semana, en la que viajaban los isleños al continente, acompañada de mi padre. Les llevaría solo seis horas con la mar calma, y hasta ocho o nueve horas con la mar revuelta, como es común que suceda en aquel estrecho.

Cuando vinieran las contracciones ingresaría al hospital del pueblo, de manera que yo naciera con mayores comodidades a las que ella estaba acostumbrada. A los días de nacer llegaría mi padre a conocerme. Inmediatamente inscribiría mi llegada al mundo con el nombre que había perdurado en la familia desde hace un siglo y que yo debía tener. Traería regalos de la isla, una concha de almeja, una tira de cochayuyo y un ramo de flores silvestres.

Mi madre soñaba que al salir del hospital, su bebé estaría rozagante, gordito y sanito. Luego se quedaría en la casa de sus padres descansando por unos días, teniendo el apoyo de su madre, que le indicaría la mejor manera de alimentarme, cómo ponerme la teta, enseñándola a mudarme y dejando a la primeriza lista para criarme. Luego volveríamos con mi padre a la isla.

Para sorpresa de todos se me ocurrió nacer en octubre, lo que le impidió a mi madre realizar todo lo que había planeado. Le eché a perder todos sus sueños y planes. Nací a las cuatro de la madrugada de una noche extremadamente

fría. El comienzo de los dolores se vio reflejado en el rostro de mi madre desde las ocho de la noche.

Al verla así mi padre le decía: “Aguanta, aguanta Asunción. El bebé no puede nacer ahora, no en estas condiciones, recuerda que el plan es otro. No estamos preparados. Aguanta, aguanta, mañana nos iremos al continente en la lancha. En ella te acompaño para llegar al hospital. Así el niño nacerá con calma y tú vas a poder tener las enseñanzas y el apoyo de tu madre. Por favor deja de tener contracciones, no tienes derecho, no me puedes hacer esto. ¡Aguántate! ¡Ya pues! ¡Déjate de leseras!”, le decía.

Mi madre a esas alturas lo miraba con ojos vidriosos, con un dolor insoportable y el terror se podía ver en su cara de mujer joven. Mi padre estaba seguro de que su mujer Asunción le haría caso y sus deseos se harían realidad. Continuaba gritándole: “No pujes, no pujes, el niño no puede nacer ahora, será muy pequeño y no aguantará el clima de la isla. Se nos va a morir. Recuerda que llevará por nombre Jacinto, el nombre que llevó mi padre, mi bisabuelo y mi tatarabuelo. ¡Un Jacinto Aconcagua no debe nacer de esta manera!”. Mi madre entre gemidos le preguntaba: “¿Por qué crees que va a ser un niño? ¿Qué te crees? ¿Acaso no la vas a querer si es una niña?”. Jacinto gritándole le espetaba. “Tú sabes que todos los hijos mayores en nuestra familia tienen por nombre Jacinto. Ya pues, no sigas diciendo tonteras, será hombre, no hay otra alternativa”.

Mi madre cada vez se ponía más roja y los pujos seguían. Un cuarto para las cuatro de la mañana, cuando aún la noche no nos dejaba, mi padre perdió las esperanzas y, con el horror de tener que asistir el parto de su hijo, se fue corriendo al

retén donde dormían los carabineros, gritando: “¡Apoyo! ¡Ayuda! ¡Ya viene mi hijo! ¡Ya viene el bebé!”.

Se asomaron los cuatro carabineros con sus ropas de dormir, calzoncillos largos y camisetas de polar. Dirigiéndose a la casa de los Aconcagua, los policías se iban poniendo sus pantalones y camisas verde oliva. Las chaquetas, los zapatos y sus calcetines quedaron atrás. Luego continuaron con toda la prisa que sus gordos cuerpos les permitían, con la misión de recibirme y hacer más placentera mi llegada a este mundo. Trataban de calmar a mi padre, que a esas alturas estaba tan alterado que las lágrimas le corrían por sus mejillas.

Al asomarse por la puerta, vieron a Asunción sujeta a los cables que colgaban del techo y observaron con estupor mi cabeza, que ya se asomaba. Mi mamá pujaba y pujaba mientras que desde las venas reventadas de su cara corría la sangre, que bajaba por su cuerpo y piernas, tiñendo mi cabeza de rojo. De un salto el sargento, máxima autoridad de la isla, se acuclilló, recibiendo mi escuálido cuerpo antes de que cayera al suelo terroso, donde no sería capaz de resistir las infecciones que ello me traería. Amartelo se llamaba el sargento, hombre de estatura baja como todos en el fin del mundo, era regordete y tenía la cara muy colorada por el frío de la isla.

Cuando salí dicen que me estaba ahogando con la sangre que corría desde la vagina de mi madre. Mi gato Nahuel lamía el charco desde el piso a gran velocidad, untándose la cara.

Todo mi cuerpo estaba cubierto de vellos; mis ojos y mis genitales no se podían ver. Mi padre comenzó inmediatamente a hurgar en ellos, viendo mi pene y mis testículos tan pequeños, que tuvo dudas sobre si yo era una niña o un varón. Al mirarme con prolijidad llegó a la conclusión de que

era niño. “Creo que es niño, pero tiene sus genitales tan pequeños que dudo que llegue a ser un hombre de verdad”, le gritaba a mi madre. “Pesa menos de un kilo”, agregó el sargento.

Mi padre empezaba a sentir horror y vergüenza, por lo que le dio las gracias a los policías pidiéndoles que se retiraran. No estaba dispuesto a que siguieran observando a este monstruo, que si dependiera de él no hubiera nacido.

Al salir observé que los pies de los policías estaban rojos. Su correr a traerme al mundo sin zapatos ni calcetines les había hecho brotar aún más sabañones. Sus pies estaban llenos de protuberancias.

Cuando los policías se retiraron mi padre apartó mis vellos y comenzó a revisarme con detalle. Observaba mi piel lisa, delgada, brillante y casi translúcida, por lo que pudo observar a través de esa piel mis venas y órganos. Con el horror que sentía miró a mi madre y le gritó: “Éste no va a resistir el clima de la isla ¡Está frío como un hielo! Respira aceleradamente y apenas emite sonidos. ¡Te digo que no va a soportar el frío de la isla!”.

Mi madre lloraba desde que me atreví a llegar a este mundo. Al sentir a mi padre gritar comenzó a apretarme fuerte y me puso cerca de su pecho, del cual aún no bajaba la leche y del que no podía succionar. Mi padre seguía gritando cada vez más fuerte, su cara estaba encendida. Con odio le espetó a mi madre. “Has parido un monstruo.” El odio en esos momentos corría por sus venas, la odiaba a ella y me odiaba a mí. Asunción continuó abrasándome y al darse cuenta que me estaba ahogando, comenzó a soltarme de a poco. “Te lo digo solo una vez”, le decía Jacinto. “No va a vivir y no debe vivir, no lo puede observar nadie en este pueblo y no seré el

hazmerreír de toda la isla”. Asunción me miraba, pensando en el niño que había soñado tener en sus brazos, y que yo no estaba ni cerca de lo que se había imaginado. Su marido seguía gritando y gritando. Asunción mirándome con intensidad sintió como el amor brotaba en ella. Me veía indefenso y eso la asustaba. De a poco comenzó a imaginarme de niño, me podía ver en mi adolescencia y me pensaba de adulto.

Con decisión y voz firme mi madre le habló a Jacinto: “No sigas gritando, me tienes alterada y no te soporto más. El bebé también es mío, yo lo parí, yo lo llevé en mi vientre seis meses. Quiero que viva, jamás me separaré de él. Ahora deja de gritar y sal de la casa. Tal vez si te emborrachas se te pasará la lesera.”

Fue tal la pasión de mi madre, que mi padre se calmó y la miró. “Jamás se va a llamar Jacinto, un Jacinto Aconcagua como él no puede seguir con la tradición familiar. No quiero tener otro niño con una mujer que sea capaz de parir a este monstruo. Por nombre le pondrás Amartelo Nahuel de la Asunción Liberón. Amartelo por el sargento que lo recibió, Nahuel por el gato que lamió tu sangre y Asunción Liberón, por la mujer que se atrevió a parirlo. Nunca llevará mi apellido. No se llamará Jacinto Aconcagua”, sentenció.

Dándose vuelta, abrió la puerta y la cerró con un portazo que se escuchó en toda la isla. Los farolillos se observaron más allá del estrecho.

EL VUELO

María Paz Campos, Viña del Mar, 1976

Hoy mis pensamientos decidieron dejarme. Les crecieron alas y aprendieron a volar por su cuenta. Cada uno se asomó por la coronilla, avanzó hasta la punta de mi nariz y se lanzó al vacío.

Poco a poco los demás siguieron a los primeros y al cabo de poco tiempo, todos revoloteaban alrededor de mí, como pequeñas mariposas. A medida que volaban, algunos se hacían grandes, alimentados por la libertad. Otros comenzaron a desvanecerse, fundiéndose con el universo.

Al principio, mis ojos miraron atentos este bello panorama. Los pensamientos más seguros se atrevían a realizar piruetas osadas; los que habían sido concebidos con timidez, apenas se separaban de mi nariz. Los inocentes volaban con la despreocupación de un niño.

De repente desperté del encanto. Sólo entonces reparé en que mis pensamientos se alejaban de mí como una nube de luciérnagas. Mi cabeza quedó vacía y triste.

Entonces fui al armario, revolví mis ropas, mis juguetes y busqué en mi baúl secreto. Tomé la red de mariposas, pero... ¿Cómo atrapar a un pensamiento con una red?

Al primer movimiento la nube se disipó y los pensamientos comenzaron a reír de mis inútiles intentos por capturarlos. Algunos, atraídos por la luz, se acercaron a una ventana que para mi mala suerte estaba abierta. Maravillados por el exterior decidieron recorrer el mundo, y los demás, al ver que éstos salían de la habitación, fueron detrás de ellos.

Corrí para evitar su huida, intenté interceptarlos, cerrar la ventana, detenerlos, pero todo mi esfuerzo fue inútil. Inimaginablemente adoptaron la formación de una bandada y, en perfecto orden de vuelo, dieron una vuelta alrededor de la habitación y salieron por la ventana planeando hacia el cielo.

Me quedé mirando perplejo como se alejaban. No pude moverme, sentí que si tanto deseaban la libertad era cruel apresarlos en mi mente.

Así fue como mi cabeza quedó vacía. Y no supe qué hacer.

Mientras tanto, los pensamientos osados se introdujeron en la cabeza de algunas personas adultas que vivían como niños, haciendo cosas arriesgadas: paracaidismo, escalada, y les dieron nuevas ideas, de cómo llegar más lejos y más alto.

Por su parte, los pensamientos tímidos, se consiguieron un hogar seguro, cultivando la bondad de aquellas personas con almas puras, que viven en contacto con la naturaleza y en constante meditación.

Dicen por ahí que los pensamientos hicieron grandes cosas, los primeros, llegaron a la cumbre de las montañas más altas y probaron su valor en cada deporte extremo. Los segundos, cuentan que ayudaron a proteger especies en

peligro de extinción, a defender a niños indefensos, a cuidar bosques y a recordar al hombre que debe amar la tierra que pisa.

En todo ese tiempo no quería pensar, porque no deseaba que mis nuevos pensamientos huyeran. Sin embargo no pude resistirme y a pesar del miedo o la pena que podía tener, me dispuse a crear pensamientos nuevos.

Al poco tiempo me di cuenta que no era tarea fácil. Para lograrlo, también necesitaba salir a recorrer el mundo, conocer otras personas y lugares.

Fue más sencillo cuando mis antiguos pensamientos me enviaron un mensaje en un avioncito de papel, donde me contaban sus aventuras. Entonces se me ocurrió que, así como mis pensamientos se habían liberado y ayudado a otros, seguramente yo podría no solo tener nuevas ideas, sino que recibir otras. Por lo tanto decidí salir de mi casa y conocer el mundo, pues éste me llenaría otra vez la cabeza de ideas. Elegí volver a pensar y forjar nuevos pensamientos, sabiendo que tal vez aprenderían a volar y me dejarían para conocer el mundo.

EL PUNTO BLU
Daniela Cerón, Rancagua, 1987

Quando vio entrar al grupo nuevo de niños recordó su primer día. Tendría la misma edad que ellos, pero el programa aún era un piloto del gobierno para entrenar a sus futuros soldados y vigilantes, los que se harían cargo de la seguridad del país en poco tiempo más. Ella fue una de las primeras voluntarias, porque su familia no podía mantenerla y sus padres pensaron que esa sería la única forma de darle una buena vida, o al menos una mejor vida que la que ellos podían ofrecerle. Ese día entró al enorme y oscuro edificio donde realizaban el procedimiento, la instalación del chip bajo la piel del antebrazo izquierdo, que la convertiría en propiedad del gobierno. Mismo procedimiento al que serían sometidos ese día el grupo de niños. La gran diferencia es que ahora ya no eran voluntarios. Todos los habitantes de ese diminuto país debían pasar por lo mismo al cumplir 10 años. Era la única forma de garantizar la seguridad de ellos mismos y mantenerse alejados de los peligros que había al otro lado de la frontera.

Mientras los niños avanzaban en orden, ella volvió su vista a la pantalla en la que era posible distinguir el movimiento de un gran número de puntos rojos. Cada uno representaba a una persona, que ella debía proteger. Los puntos tenían ciertos patrones de conducta que se tenían que cumplir todos los días. Si alguno de ellos se movía de forma diferente a la habitual tenía que reportarlo, por mínimo que fuera, porque podría significar una amenaza. Eso era lo que le habían enseñado y para lo que estaba preparada desde que decidió que esto sería su propósito en la vida: servir a su país.

Para que su trabajo tuviera mayor sentido, le había asignado un nombre a cada uno de esos puntos. Por supuesto que esa información no la compartía con nadie, por miedo a que la fueran a criticar por su extraño método de trabajo. O simplemente la trataran de loca y no apta para esa misión. Era su secreto, y permanecería así a toda costa.

Llevaba tantos años en ese puesto, día y noche vigilando esos puntos, que sentía que los conocía más que a la familia que tuvo de niña. Más que a sí misma incluso. En su cabeza, los puntos poco a poco comenzaron a ser cada vez más humanos. A los nombres fue agregando datos y características físicas. Conocía cada cumpleaños, las edades, color de ojos, estatura, grados de parentesco, todo lo que tuviera relación con esos puntos. Imaginaba como eran sus vidas en los horarios en que no los estaba vigilando. En ocasiones soñaba que era parte de esas vidas, y no sólo una presencia a la que ellos debían acudir en caso de peligro, sin siquiera conocer su rostro. Esos puntos representaban todo lo que ella no era, pero que podría haber sido.

Su preocupación por esos puntos aumentó el día en que el quinto punto de la fila, al que había llamado Blu y que

pasaba frente a su sector todos los días cerca de las 12, se retrasó en el recorrido. Por un momento pensó en apretar el pequeño botón azul a la derecha de la pantalla. No estaba muy segura de que era lo que sucedería una vez que lo apretara, pero sabía que las cosas volvían a la normalidad rápidamente después de hacerlo. En pocos segundos, el punto Blu volvió a su lugar en la fila, por lo que pensó que se trataba de un error de sistema, y retiró su mano del botón. Al día siguiente volvió a suceder lo mismo, y continuó así por el resto de la semana, pero por algún motivo que desconocía no quiso reportarlo. Esos días se dedicó a observar el comportamiento del punto Blu, que se detenía siempre en el mismo lugar y a la misma hora. Empezó a imaginar motivos por los que se podría detener. No sabía con certeza hacia donde se dirigían y que es lo que hacían cuando no estaban en movimiento, por lo que las posibilidades eran demasiadas, y con el paso de los días su curiosidad fue aumentando.

Después de esa semana le correspondía un breve descanso, pero decidió saltárselo para saber la verdad. A diferencia de los demás grupos de puntos que sus compañeros debían vigilar, el suyo pasaba cerca del edificio central a la hora del incidente. No sería muy difícil dar con un lugar para tener la posibilidad de mirar hacia afuera, lo único que tenía que hacer era pedir permiso en el momento indicado. Diez minutos antes de que el grupo pasara por su sector, le dijo a su supervisor que tenía que ir al baño:

—Está bien. Pero trata de no demorarte mucho porque ya empieza el movimiento en tu sector —le respondió.

—No se preocupe. Ya le pedí a alguien que me reemplace si me llego a atrasar algunos minutos —le mintió al supervisor.

Se fue caminando por un angosto pasillo hasta llegar a la ventana frente a la puerta del baño. No era una ventana muy grande, pero no tenía rejas como las demás de ese primer piso y estaba cerca de una de las salidas de emergencia. Tomó una silla que por alguna razón estaba en el baño, y que a pesar de no estar en las mejores condiciones era suficiente para tener una mejor perspectiva de lo que estaba pasando. Fue así que por primera vez vio los rostros de esos puntos rojos. No eran ni siquiera parecidos a lo que ella había imaginado. Casi no tenían expresión en la cara, estaban sucios y mal alimentados. Llevaban ropa rota, no tenían zapatos y se movían sin voluntad propia. Las edades eran tan diversas como los colores de su piel. Fue una gran desilusión para ella.

Superado el impacto inicial, buscó al punto Blu. Para su sorpresa se trataba de una niña que, por su apariencia, se notaba no llevaba mucho tiempo con el grupo. Su ropa, aunque no era nueva, estaba en mejores condiciones que la del resto de sus acompañantes. Se quedó mirando como esa niña se detenía frente a un par de árboles que daban a una especie de reja hecha con mallas en mal estado, como si estuviera esperando que algo pasara al otro lado. Al ver esta escena sintió el impulso de salir del edificio e ir a buscarla, pese a que estaba prohibido tanto para ella como para sus compañeros interactuar con esos puntos que se dedicaban a vigilar. Sin embargo, prefirió esperar a que pasaran más cerca de la salida de emergencia. Cuando el grupo pasaba a pocos metros, la pequeña punto Blu se estaba recién incorporando a la fila nuevamente. Iba al final de ese deprimente desfile, por lo que era la oportunidad perfecta para hablarle. Abrió la puerta y sintió de golpe el calor que hacía afuera. Sin moverse

de la entrada, le hizo gestos al punto Blu para que se acercara. Sin miedo a las consecuencias, la niña corrió hacia ella.

—¿Qué haces? ¿Por qué te quedas mirando esos árboles todos los días?

—No miro a los árboles —le respondió Blu—. Estoy esperando a mi familia. Yo vengo del otro lado del muro, pero me trajeron acá sin que yo quisiera.

—¿Cómo es eso que los estás esperando?

—Me van a venir a buscar. Los veía todos los días a la misma hora tratando de romper la malla, pero hace una semana que no vienen. Tengo miedo, no me gusta aquí. Quiero volver con ellos—dijo Blu mientras sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Espérame aquí.

Ella se fue sin tener muy claro que iba a hacer. Volvió al lugar donde estaba la ventana y miró a su alrededor. Se envolvió la mano con la ropa que traía puesta y luego con el puño atravesó el vidrio de la ventana. En un momento de mayor claridad, entró al baño y sacó una gran cantidad de papel. Regresó corriendo a la puerta donde la esperaba Blu. Le tomó el brazo izquierdo y le dijo:

—¿Sabes lo que tienes ahí?—le preguntó mientras le mostraba la pequeña cicatriz que aún no terminaba de sanar, donde se encontraba el chip.

Blu asintió.

—Cuando lo saque vas a tener menos de un minuto antes de que deje de funcionar y alguien se dé cuenta que no estás. Corre lo más rápido que puedas ¿Tienes alguna idea por dónde salir?

—Sí, hay un lugar cerca de...

—Es mejor que no me digas —la interrumpió—. Yo me voy a dar vuelta para no ver en qué dirección te vas. Ahora cierra los ojos y trata de no gritar.

Ella le tomó con firmeza el brazo a Blu, y con uno de los trozos de vidrio que sacó le hizo un corte sobre la cicatriz. Buscó con sus dedos el chip y lo retiró con cuidado. Luego le entregó el papel, lo presionó contra la herida para detener el sangrado y se dio vuelta hacia la puerta.

—Que te vaya bien Blu —le dijo sin saber si la niña la escuchó o no.

Cerró la puerta y caminó en dirección a su puesto, cuando se encontró con dos hombres fuertemente armados. Entonces recordó que ella también era un punto rojo en la pantalla de alguien más, y que probablemente ahora iba a ver con sus propios ojos lo que pasaba cuando se apretaba el botón azul.

Reloj.

Illich Ilianovich Dossonov, tres veces campeón mundial de ajedrez, presiona nuevamente el botón y lo observa, lo analiza y lo disecciona como a un insecto, mientras en su cabeza miles de posibles jugadas bailan en una danza interminable, pero ordenada y matemática que no puede detener.

Su rival calla. Hace seis jugadas espera este movimiento, lo prepara como una larga receta de cocina y ante el asombro de la platea y los millones de televidentes del mundo entero, desliza sus dedos y, elegantemente, casi con desdén, sacrifica el alfil que ha sido su arma de ataque por casi dos horas.

Reloj.

Es difícil describir el rostro del ruso. Trata de encontrar este movimiento de su competidor entre toda la gama de figuras que hace un segundo poblaban su mente y no puede. Todo ese castillo gigante se derrumba silenciosamente, como una película muda y en su lugar solo parece quedar el

asombro, en la forma de una larga planicie siberiana sobre la que descansarán humeantes los restos del castillo.

Entonces, como una especie de ave fénix tambaleante, su cerebro comienza a construir el extenso puente hacia adelante, tabla por tabla, cuerda por cuerda, que lo lleva inexorablemente hacia la otra orilla, donde lo espera la desgracia.

Ilich sabe que ha perdido. Ha visto su propio fin cantado por la sirena imperturbable del tablero, comienza a caer lentamente por el profundo pozo que se ocultaba silencioso, bajo el altar que el establishment del Partido Comunista construyó bajo su estatua de héroe nacional. El espacio se puebla de los rostros severos de los camaradas que ya no lo recibirán en la Plaza Roja, ni lo llevarán en andas por el Kremlin. Más bien ve una oscura oficina estatal del Comité Central de Deportes, donde un frío apretón de manos y una escueta carta de Putin lo felicitan por su correcto desempeño.

Ignacio también lo sabe. Sabe que tantos años de sacrificio y espera llegan a su fin en el transcurso de ocho jugadas más, ocho movimientos que conoce y anticipa sin esfuerzo, y que hacen mella en el gesto algo tembloroso del ruso al mover su pieza, ya no tan decidido y arrogante, sin la sonrisa oblicua y la mirada de desprecio que Ilich había fijado en un inicio sobre ese pobre latinoamericano advenedizo y con demasiada suerte a su juicio. Ilich mueve su peón con la certeza de que de aquí en adelante, es solo un invitado de segundo orden a la fiesta de otro. Un actor secundario, necesario pero intrascendente en la obra magna que ha de coronar al muchacho flaco de anteojos solemnes, que respira frente a él.

Reloj.

Concentración. Eso es lo único que necesita ahora. No desesperarse, no perder el foco y equivocarse como tantos de sus compatriotas antes de él, en el instante decisivo. Hay una nación que lo observa: no más penales perdidos, no más caídas en la pista, no más triunfos morales. Concentración, disciplina, orden. Los zapatos lustrados, Ignacio, la corbata del colegio lista, los pantalones doblados según el pliegue. Tómame la leche, Ignacio, que nos vamos. Está caliente, papá. Tómatela te digo. ¡Me quemó, papá! ¡Tómatela, huevón!

La calle fría, el viejo siempre caminando adelante, los dos niños casi corriendo para alcanzarlo. ¡Corran que se va la micro por la cresta! La micro, el grito dentro de la micro. ¡Afírmate, poh huevón! La vergüenza. La mirada de los obreros que ven al niño elegante en el barrio pobre. Que va a colegio privado pero no tiene auto. Que viste ropa cara, pero también viste la amargura del maltratado. Los obreros miran y callan, mientras observan con odio al hombre que grita y amenaza, una figura que tanto conocen, muy parecida a la que van a encontrar en un rato más en su lugar de trabajo.

Concentración. Alfil tres reina.

Reloj.

El ruso transpira y se retuerce, sus ojos se abren más de lo común, pero la pieza movida es finalmente la obvia. No encuentra otro camino, se siente atrapado en su traje, en el tablero, en la vida misma.

Reloj.

No te vayas de aquí, no viajes. La playa y las sandalias ¡Concentración! ¡Por qué no te concentras, carajo! ¿Dónde dejaste las sandalias nuevas? ¡Te las compré ayer! ¿Cómo que

en la arena? ¿Eres imbécil? ¿Se las llevó el mar? ¿Eres tonto acaso? No me pegues, papá. No delante de mis primos, por favor. Deja de llorar y camina, tenemos que ir a comprarte otras sandalias, idiota. Me duelen los pies, papá. Deja de llorar y camina.

Reina tres rey. Jaque.

Reloj.

¿No vas a ir a ver al viejo, Ignacio? Se está muriendo ¿Sabías? ¿Hace cuantos años que no lo ves? Está tan orgulloso de ti, les muestra a sus amigos los recortes de los diarios. A mí también me hizo daño, pero es mi padre, Ignacio. Y también el tuyo. Concentración.

Se está muriendo Ignacio, se lo llevaron al hospital y no le quedan más de una horas. ¿Cómo que no lo vas a ir a ver? ¿Qué ganas, Ignacio? ¿Qué ganas?

Tú ganas, Illich lo sabe. Mueve porque debe, escapa hacia un último rincón sin salida alguna.

Reloj.

Llegó la hora, llegó el ataque final. La reina avanza terrible sobre el tablero, para ir a detenerse justo enfrente del rey, tres cuadros, dos cuadros, un cuadro. ¿Un cuadro? Debes estar bromeando. ¿Acaso te burlas de tu oponente? Eso no es de caballeros. ¡Vamos! Termina el movimiento donde se debe y llévate el triunfo de una vez. Pieza tocada es pieza jugada, ¿recuerdas? Eso decía papá. Ese recuerdo lejano, el humo saliendo de la boca del viejo te hipnotizaba, de pronto gira hacia ti y te alarga una pieza rectangular de cartón, que se abre en dos. Sesenta y cuatro espacios. Es un tablero de damas, te dice. ¿Jugamos? Y sonrío al verte rabiar y se

sorprende al verte ganar el tercer juego, el cuarto y el quinto. Y sí, estaba tan orgulloso de ti.

Reloj. ¡Reloj!

Has perdido, el ruso no puede evitar saltar de su asiento, llora, grita y sonrío como un loco, todo al mismo tiempo. La prensa, el público, el ruido a tu alrededor que se pierde por fin, que te deja en paz. Era un juego cuando todo empezó, era una alegría ¿Cuándo se volvió una responsabilidad? ¿Juguemos?

Fue hace un mes atrás caminando por los pasillos fríos del hospital. Solo un minuto, entrar al box para mirarlo y sonreírle, tomar su mano temblorosa y apretarla. Te amo, viejo. Y yo a ti, Ignacio. Y sus ojos se cerraron sonriendo, suspirando al fin.

Reloj.

